



CALANDRAJAS

Papeles de arte y pensamiento

Edita: Tertulia Calandrajás
Apartado 247

TOLEDO

NUM. 17
DICIEMBRE, 1987

Yo debía mi fama a mis inspiraciones románticas de Toledo.

Aquella gótica catedral, cuyas esculturas se habían levantado de sus sepulcros para venir a cruzar por mis romances y mis quintillas; aquel órgano y aquellas campanas que en ellos habían sonado; aquellos rosetones, capiteles y doseletes; aquellos claustros católicos, aquellas mezquitas moriscas, aquellas sinagogas judías, aquel río y aquellos puentes y aquellos alcázares que habían dado a mis repiqueteados y desiguales versos la vistosa apariencia de sus festoneadas labores de imaginería y crestería, no me habían merecido más que el desprecio de su antigüedad y la mofa de su perdida grandeza: y aquel pueblo, a cuyas costumbres, a cuyas tradiciones y a cuyas consejas debía yo todo el valor de mi poesía lírica y legendaria, no me mereció más que el epíteto de *imbécil*, en aquella estrofa, padrón de mi infamia:

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
parodia con que cubre su vergüenza:
parodia vil en que adivina el hombre
lo que Toledo la opulenta fue.

Tiene un templo sumido en una hondura,
dos puentes, y entre ruinas y blasones,
un alcázar sentado en una altura
y un pueblo imbecil que vegeta al pie.

(José Zorrilla, *Recuerdos del tiempo viejo*, en *El Imparcial*, 17 de noviembre de 1879)

LA BANDERA

¡Despacio!, ¡despacio!, decía Luis a Alejandro en voz muy alta que creía apenas audible. ¡Nos van a oír! ¡Aquí no nos va a oír nadie!, contestó Alejandro, ¿estás loco? Entraron después de forzar la ventana, que opuso menos resistencia de la que esperaban, y, ambos, bajaron la luz de las linternas. Los otros dos entraron tras ellos. Luis miró el salón de clase, bastante iluminado por las luces de la calle, y sintió su cara envuelta en el olor a papel, madera de lápiz, a libros que le era familiar desde la infancia. Sacó del cajón de un escritorio de la oficina del personal adscrito varias tizas y separándose de los demás les advirtió: nada de destrozos, ¿estamos? El asunto es llevamos la bandera y listo. Y comenzó a recorrer los salones de clase escribiendo en cada pizarrón frases insultantes contra el mundo de los viejos y las autoridades. Si bien sentía su cabeza algo extraña y como desprendida del resto del cuerpo, éste se movía con una sorprendente libertad que la hacía sentirse seguro. Cada movimiento o gesto parecía salir de él y volar por el aire, como si fuera de algodón, pensó, o de espuma, y rió. ¿Qué va a pensar el viejo y los otros cuando abran las puertas el lunes y lean esto? Y, siempre riendo, empezó a cantar el himno nacional en voz baja hasta que Mario entró corriendo y le gritó: ¡cállate mierda!, ¡nos van a oír! ¡Pero si yo canto en voz baja! ¡De qué voz baja me hablas, animal! ¡Se oye desde la esquina! ¿Y si pasa un patrullero? Luis le miró, le veía como si fuera uno de esos personajes de serial, con nieve, solía decir su madre cuando se desconectaba el enchufe de la antena, llena de puntitos la cara. ¡Idiota!, le dijo Mario enojado, y se retiró. Luis de espuma y algodón continuó con la tarea prolija de inventar frases con una tiza obscena.

Una tarde, mientras los cuatro caminaban por los patios, Alejandro dijo terminante y molesto: no quiero estudiar más, estoy podrido; pero prefiero venir al colegio, agregó, en mi casa no pasa nada ni puede pasar nada. En la mía, si pasa algo me matan, comentó Joselo. Yo prefiero salir por ahí aunque sea a perder el tiempo, consideró Mario, y Luis comenzó a hablar de las muchachitas de la clase, señalándolas, mintiendo relaciones sexuales con ellas, inventando haber participado en extrañas pornografías recién aprendidas en el primer vídeo que había visto en su vida.

Mario, los ojos muy abiertos, el rostro tenso, vol-

Alejandro golpeando las baldosas y, picando en la alfombra, rodó. Mario corrió, recogió el hierro y se golpeó un hombro con un ángulo del escritorio, pateó, pateó y le devolvió el hierro a Alejandro, que comenzó la tarea dificultosamente, parece que tuviera las manos atadas, pensó, y las miraba prendidas al hierro como si fueran garras, y no lo puedo abrir, no puedo, y, sin más, comenzó a cantar con la música de un jingle que todos conocían de memoria: "la bandera nacional no está formada por cuatro rayas celestes y cinco blancas, es un pabellón blanco con cuatro rayas celestes, y el sol en el ángulo", y Mario eléctrico le quitó el hierro con violencia y comenzó a destrozar las puertas del armario, mientras Alejandro de manos atadas seguía con el jingle con letra de escolar, y Joselo de lengua de babosa de jardín reía moviendo sus largos brazos como si fuera un director de orquesta, cuando Luis de espuma y algodón entró a la oficina. ¡Cállense, bestias! ¡Nos van a pescar! Y los miraba allí mudos, de golpe quietos en la pantalla de la tele, con tanta nieve y puntos, y Mario conectó la antena y gritó triunfante: ¡aquí está!, ¡aquí está!, exhibiendo apretada en su mano al aire la bandera desplegada con la que luego se envolvió, ocupando su figura en colores celestes y blancos toda la pantalla, y el sol amarillo, asombrado, apenas se asomaba.

Y bueno, ¿adónde vamos?, jugueteaba Alejandro con el ruido de una cajita con comprimidos entre sus dedos en el bolsillo del pantalón. Joselo le contestó al pool o a bailar. ¿Y qué otra cosa?, preguntó después de oír los ruidos de aburrimiento y siempre lo mismo, lo mismo. Mejor vamos allá, dijo, oímos música, bailamos un rato y después lo que nos gusta, e hizo un gesto definido: apoyó los dedos de una mano sobre el brazo abierto, el codo sobre la pierna del vaquero, la otra mano se cerraba y se abría.

Mario llevaba sobre los hombros su *cardigan* de lana azul abrazado al cuello, se lo quitó, y en él envolvieron la bandera. Entre risas, traspies, carreritas, imitando entre palabrotas los consejos de los mayores, gesticulando insultos contra todos los viejos, todas las autoridades y todas las normas de comportamiento, acunando la bandera como a un bebé en pañales, abandonaron el colegio que quedó solo y herido por la luna, a la que la luz del sol de la mañana de domingo iba, despacio, borrando del cielo.

Y así siguieron perdiéndose detrás de la próxima calle, y otra calle, rumbo al mar, y en una esquina Alejandro sugirió tomar algo en un bar. Se sentaron

sileña rica, enmarcada también en la pared de la sala, falda amplia, ojos blancos y abombados como huevos. Murió de oscura muerte esta otra Raimunda, en una hacienda de los alrededores de Diamantina, en el instante en que invocaba el espíritu de su marido. Se rasgó de arriba abajo el cortinaje de la alcoba; la cocinera acudió, los dedos pringados del aceite de la masa; en la quintería, una misteriosa navaja en la tripa del verraco. Que hubo quien afirmó que ella morir no murió, que fue asesinada. Su cuñado, un beato, y además un malintencionado, sorprendiéndola en esos ritos mágicos, le echó las manos al cuello, ahogándola. Cuñado, y procurador, y socio, de la firma Caetano Sociedad Limitada. Analfabeta, la viuda, firmando con una cruz, empeñó las ocultas joyas, trocándolas por monedas nuevas para aquellas furtivas y falsas funciones. Llegó allí Caetano sin avisar, se desvió por la parte de atrás, se dirigió al cuarto, la pobre, en trance, no dijo ni una palabra. Tampoco las personas presentes, amigas, comadres. Era un hombre importante, este fulano, en Diamantina. Sólo la criadita negra, que estaba a los pies de su ama, se arrojó a él como una fiera y derecha a sus partes: había de quedar herniado, el tal Caetano, para el resto de sus días.

De los cinco hermanos de Mundica emigrados al Brasil, apenas uno afortunado. Capitalista. Donó a la aldea natal una fuente pública y escuela oficial. Los otros, finados allá, Dios sabía de qué fin, de agotamiento, quizá, por cargar bodegas de navíos en Recife, de la picadura de unos mosquitos llamados barberos, en tierras del Amazonas, hinchado el corazón, reventando en el pecho. Mas del triunfador, al que las hermanas recordaban con orgullo y emoción, le vino a la familia el desahogo: criada, temporadas en balnearios, coche alquilado a la Compañía por un año. Y Mariquiñas estudiando un curso de pedagoga. Y las tres con dote y arca con ajuar. Por eso, cuando la boda de Balbina, doña Gloria se puso a dar vueltas de alegría por la vasta cocina: la hija menor recogida y con marido rico. La pequeña, Bina, con un defecto que sólo se le notaba en la escuela: a despecho del celo de Mariquiñas, incapaz de leer sin deletrear. E inocente, creyendo que los niños nacían porque el hombre y la mujer bebían en el mismo tazón. El padre dejaba un poquito de caldo para la madre. Los pobres tenían muchos hijos a causa de eso: menos loza, menos ascos, menos exquisiteces. Ella había de traer al mundo un montón de ellos, porque Dios así lo mandaba, porque Nuestra Señora. . . Veía a Nuestra Señora,

vió corriendo al escritorio del director, donde Joselo y Alejandro lo revolían todo sin dar con la bandera que antes de entrar al colegio suponían colgada, quieta y muda como siempre, de su mástil de madera. ¿Todavía no la encontraron? ¡Hay que apurarse, qué mierda! ¡No sirven para nada ustedes dos! Y se rasca el buzo de colores, regalo de la abuela, pasando las palmas de sus manos por el pecho, nervioso, sintiendo su cuerpo recorrido por una corriente eléctrica, iba y venía, revolviendo sin ton ni son un cajón y otro tratando de abrir un mueble. Debe estar aquí, del colegio no la van a sacar los fines de semana. ¡Espera!, ¡tranquilo!, ¡tranquilo!, le dijo Joselo con su voz pastosa, y formando las palabras con dificultad agregó: a lo mejor está en el armario, allí, donde guardan las hojas de escrito y las libretas, ¿ves?, pero hay que abrirlo. ¿Por qué no buscas un cuchillo o algo así en la cantina? Mario eléctrico tropezó con una silla, la pateó, corriendo luego por el corredor, linterna en mano, rumbo a la cantina.

Una tarde bajo un sol apenas tibio de invierno en la playa, Joselo les advirtió: el viejo ya lo sabe, me lo dijo, disimulando el loco como si yo fuera un idiota y me amenazó con llamar a mi vieja, así que ojo, y se echó a reír. Y Mario preguntó con la mirada a los otros dos, quienes al igual que él no entendían su risa. Y me habló del futuro, continuó, ¿de qué futuro me hablas, gilún?, tuve ganas de preguntarle. Y de la patria, de las tradiciones, me habló, y hasta me habló de la bandera, ¡de la bandera!, y reía y reía. Los otros tres se dieron cuenta de que esa tarde Joselo estaba pasado más que nunca.

Joselo decidió no hablar más, abandonando su lengua, que se arrolló dentro de la boca semiabierta como si fuera una babosa de jardín retenida por una sonrisa sin sentido de dientes blancos y perfectos, y se sentó en uno de los sillones de cuero de la oficina, en el mismo lugar en que dos días antes el director le hizo sentar y le dijo entre otras cosas: si la semana que viene usted y sus amigos no cambian de conducta, me verá obligado a hablar con su madre, ya lo sabe, dígaselo a los otros. Joselo de sonrisa blanca, y quieta lengua de babosa de jardín, comenzó a reír, a reír hasta las lágrimas. Mario entró con un pedazo de hierro viejo, gritando: todo está bajo llave, ¡qué joda!, a ver si nos arreglamos con esto. Alejandro tomó el hierro largo, frío, herrumbrado, y comenzó a introducir en las puertas el extremo más delgado, que astillaba la madera. El hierro cayó de las manos de

en una mesita de primavera fresca, al aire libre, y como si de golpe alguien hubiera quitado las ataduras de sus manos, buscó con una de ellas en el bolsillo de su pantalón y convidó a los otros con un comprimido, que tomaron para prolongar los efectos del líquido que habían pasado a la sangre cuidadosamente, uno a uno, con la misma jeringa, la noche anterior, cuando determinaron de común acuerdo robar la bandera del colegio. La amada bandera del viejo, y reían, se la vamos a hacer pedazos, ponemos los pedazos en un sobre y se los mandamos por correo.

Teresa Vázquez

EL GATO

Aunque mujer de mantón y de pañoleta, Mundica, allá por la Semana Santa, en San Juan, venía a la ciudad con traje de chaqueta tres cuartos, de colores violeta y piñón, mantilla y zapatos de hebillas lustrados con betún. Y tenía unas piernas rollizas, Mundica, piernas que se engrosaban por encima de los tobillos, pero elegantes, sin bolas ni abultamientos. Era alta y erguida, triguña, el labio encrespado, el ceño oblicuo, malicioso, de raposa vieja. Siempre la recuerdo de la misma edad. Prima carnal de mi madre, nos encontrábamos en el mercado semanal: ¡A. . . diós! . . . Embarulladamente, Mundica, haciendo sonar una cazuela de barro, sopesando y tentando melones, regateando veinte céntimos en una brazada de coles. Y acomodadas, Mundica y Mariquiñas. No labradoras, propietarias. Acomodadas ya desde que su padre, maestro encalador, con patillas y cadena de oro en el retrato de la sala, desde que su padre se pusiera a comprar en subastas casuchas baratas, vendiéndolas luego, después de darlas una mano de cal, por el cuádruplo de lo que le habían costado. Acomodadas para aquel tiempo, con rentas, foros y acciones bancarias. De dos pisos la casa que habitaban: suelo liso, fachada de azulejos, portón, reja, buhardilla. Mundica, la primogénita: Raimunda. Por la viuda de un tío, bra-

ra, Balbina, a partir de los quince años, en el resquicio de una puerta de servicio: puerta entreabierta para airear, para que el gorgojo no atacase el grano de las arcas, la harina no criase gusano en las orzas vidriadas. Y al madrugar los sábados para cocer el pan: apilar meticulosamente la leña, barrer el horno, tamizar, y amasar, y batir, y redondear, y sellar el horno con boñiga, una mañana de invierno, Balbina, la chimenea del quinqué llena de humo, la llama como si la estuvieran soplando. ¡Vaya! ¡Alguna ráfaga de viento del postigo! Sobresaltada, Mundica, sin paciencia con aquella hermana idiota, la zarandé como si la estuviese llevando en unas andas. Y, con todo, el mejor pan del mundo era el que ella cocía: una borona medio dulce medio amarga, la hogaza como si tuviese miel, como si tuviese nueces. ¡Vecina, tome un trozo de pan: es de mi Bina! Pan con levadura para el abad, en la Pascua, para el bazar del Zirra, la romería que sigue al domingo de quasimodo. Como si le bufasen: bfe. . . bfe. Con el ceño sombrío, Mundica: ¡El viento ya está muy visto! Nada de eso, una noche serena, se ven las siete estrellas.

Vistosa, Balbina, piel lechosa, cabello rubio. Veía a Nuestra Señora en el hueco de la puerta, Bina, la masa creciendo en la artesa, aquel aroma dulzón. Cinco de la mañana. A las seis, la casa entera en pie, la madre bajando en zapatillas, Mundica recogiendo a los gatos por la ventana del sótano. Entre las cinco y las seis, todavía, en el pasadizo inclinado, la luz difusa y ofuscante, el quinqué apagado, Balbina arrodillada. ¡Ay, que me estorbas! Una corriente de aire. ¡Ciérrame esa puerta! ¿Y si el petróleo se había acabado? Rascó un fósforo, Bina. En ese instante, el Cojo, un gato grande, peludo y negro, se metió para dentro precipitadamente, el Cojo, lomo arqueado, unos miasus de escalofrío. Es el demonio, pensó la muchacha, cruces, diablo. No encendían las cerillas. A tientas, en busca de velas, doña Gloria: ¡Dios nos libre, qué oscuro! Un gato enfurecido, el demonio, furioso, olfateando ahí el aliento del cielo. ¿Adónde te metiste, niña?

Sucedió esto por primera vez el día de San Pedro de Rates. No se iba a la huerta, en ese día, y andaban los ratones entre las coles.

María Ondina Braga

(Traducción de Jesús Cobo)

LA PINTURA DE MARIA ANGELES DE ARMAS

La pintura de María Angeles de Armas, artista española media docena de veces galardonada en diversos certámenes internacionales, abunda en sugerencias oníricas, de reelaborada matización surrealista. Hay en todo cuanto insólitamente asocia, funde o transforma, una transcripción ambigua de su modelo interior. No se trata, no obstante, de esa copia del mismo que debía sustituir, en opinión de André Breton, a la realidad, sino de la trasfiguración pictórica de una fantasía pasada a través de los cedazos de su voluntad de comunicación y religación. A pesar de semejante reelaboración, hecha en beneficio de la comprensibilidad de la obra, acepta a menudo María Angeles de Armas las posibilidades que en su selección de imágenes le depara la escritura automática. Es éste el único aspecto en el que cabría considerarla como surrealista ortodoxa y no como una heterodoxa que dirige en semivela sus fantasías y las somete de paso a una ordenación arabizante de extremada plasticidad psíquica y simbólica.

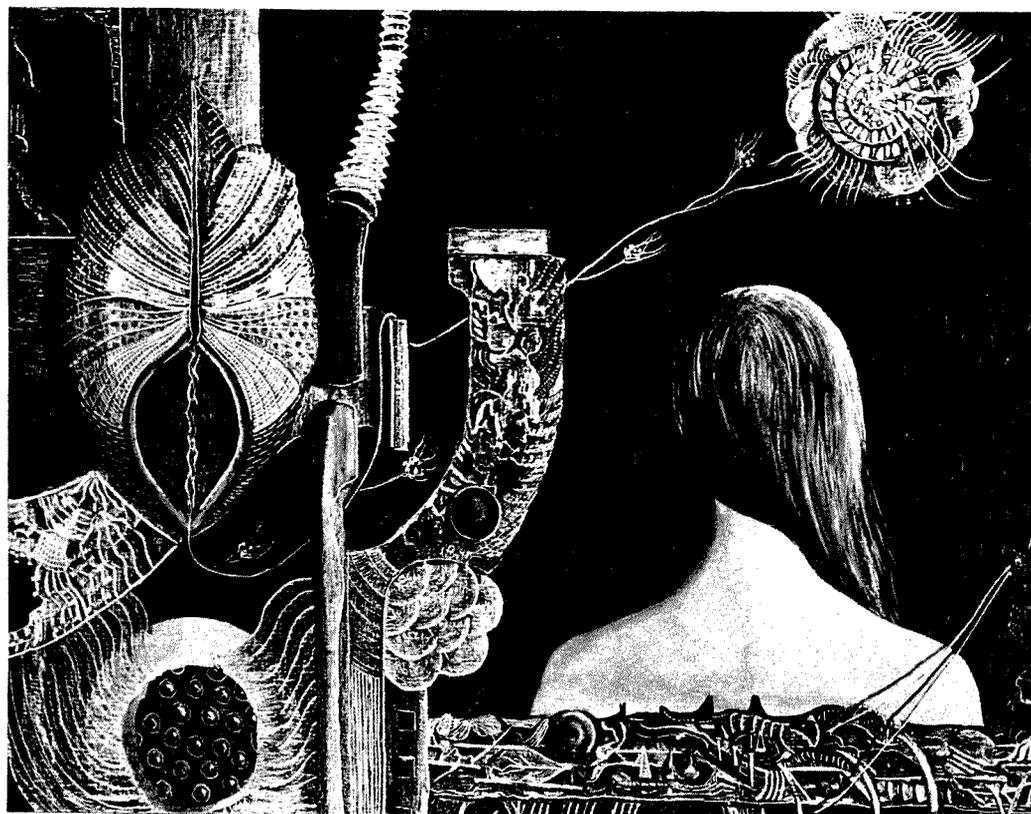
El psicoanálisis nos ha enseñado que esos repertorios de imágenes en fusiones inesperadas, suelen aparecer cuando el pintor o el poeta (y María Angeles, autora de varios notables libros de versos, es a la vez ambas cosas), necesita liberarse o conseguir al menos que aflore a la conciencia alguno de sus anhelos o de sus desvelos más soterrados. El mayor problema no para él, sino para el público, suele consistir entonces en que si el artista utiliza los símbolos a menudo incommunicables de su propio inconsciente individual, pueda la obra tener (no cabe duda) misterio, pero ser casi imposible de descifrar. No es éste, por fortuna, el caso de María Angeles. Ella salva el escollo descendiendo hasta los símbolos y arquetipos del inconsciente colectivo, aunque los entreviere con los suyos propios. La obra sigue siendo así misteriosa, pero



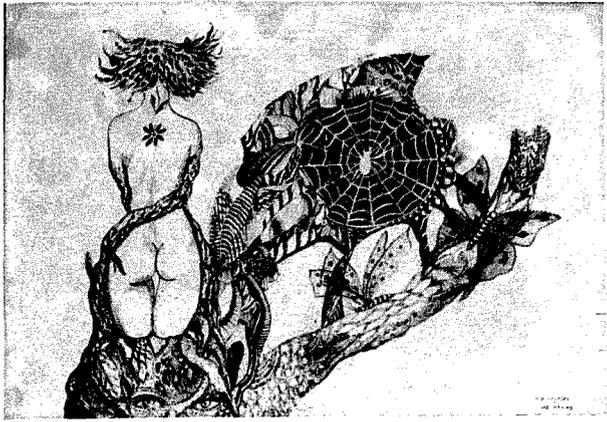
María Angeles de Armas

ofrece una posibilidad de comprensión semivelada y utiliza un lenguaje que no por convertirse en parte en misterioso, deja de ser universal y asequible en la intuición de todos cuantos nos hallamos perdidos en un mundo que no hemos elegido. Se pliega así María Angeles de Armas tan sólo a medias al ideal bretoniano, pero nos conmueve con la evidencia de viejos arquetipos como el del Salvador o con la de símbolos como el de la travesía, los lagos maternos, la ciudad cerrada sobre ella misma o el bosque encantado.

La civilización, cuyas ventajas me parecen innumerables por mucho que se la critique, exige también muchos precios. Uno de ellos es el condicionamiento racionalista que hace que, en vez de vivir en un contacto intuitivo con lo misterioso, analicemos todas las imágenes que se nos imponen fugazmente sin saber por qué y las disequemos con nuestra carencia de entrega sin prejuicios. A ese peligro que acecha al espec-



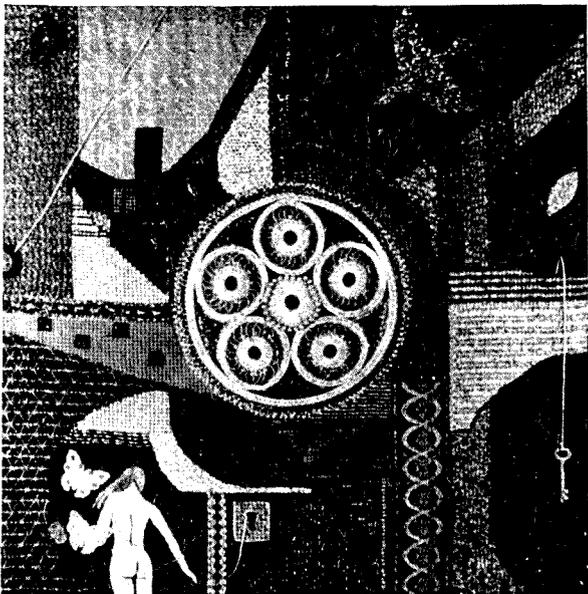
Quando el caos se haya dormido. Oleo.



Dibujo. Tinta china y plumilla.

tador, cabe añadir el de que el creador no haga aflorar los arquetipos, mitos o símbolos que se le imponen desde el fondo de sí mismo, sino aquello que le ha sugerido una lectura de Mircea Eliade o de C.G. Jung. Es precisamente por haber evitado instintivamente el susodicho escollo por lo que la pintura de María Angeles nos conmueve con un insobornable sabor de autenticidad. Conviene recordar, no obstante, que a esa fragancia del alma se unen todos los valores instrumentales necesarios para que pueda expresar aquello que desea comunicarnos. Cabe destacar a este respecto la magia de sus colores limpios y vivos, pero atemperados en su trasfondo y en sus yuxtaposiciones; la composición en equilibrios diagonales y con tendencia a la ocupación total del espacio; los ritmos curvilíneos y sus encuentros con un sistema de contrarcurvas que convierte en aligero el contacto de las formas; el toque nervioso y breve a la manera directa, sin veleidades de albañilería de laboratorio, como aplica su materia consistente y vibrante.

Este buen oficio no se termina en la propia



Tapiz

maestría. María Angeles lo pone al servicio de su voluntad de comunicación, pero como la pintura constituye además para ella un vehículo de autoconocimiento, le ayuda asimismo a hacer más eficaz la introspección. En este último aspecto vuelve a ser María Angeles de Armas tan surrealista como los más puros representantes de la tendencia. Uno de los objetivos de André Breton era la liberación de las energías aprisionadas. María Angeles lo sirve también en sus pinturas y es posible que sea porque quiere captar con mayor claridad ella misma su semivelada confesión, por lo que cuida tanto el oficio. Todos nosotros somos prisioneros de nosotros mismos y buscamos como María Angeles las ciudades maternas. María Angeles resucita todo ese mundo que se quedó dormido dentro de ella. De ahí la eficacia de su buen hacer y la capacidad de encantamiento de su ternura a menudo atónita. El sustrato último y casi inasequible lo sigue constituyendo, no obstante, el misterio de lo numinoso. La pintora logra entreverlo a través de su imagine-



Dibujo. Tinta china y plumilla

ría onírica, pero cuando consigue que empecemos a convivir con ella su vivencia de lo suprasensible, procura con una deliciosa imprecisión típicamente surrealista, desterrar toda posible connotación que con una sonoridad excesiva pueda arrancarnos de nuestro recién vislumbrado refugio en las aguas profundas y devolvernos, antes de tiempo, a las reciedumbres competitivas de nuestro diario quehacer. Su pintura es así un lago de imágenes acogedoras o incipientemente conturbadoras y nos consuela o despierta una nostalgia con ribetes de angustia, igual que si se tratase de un recuerdo neblinoso de una paz prenatal.

Carlos Areán

EL POETA Y EL HEROE

Desde que tuvo lugar la Creación hasta las inmediaciones de nuestros días dos acontecimientos importantes me han llamado la atención de forma desmedida. Dos tipos de seres diferentes, diversos aunque el lector pueda pensar que en el fondo matices unitivos asemejan algún rasgo de su ser. Estos son los poetas y los héroes.

Winckelmann en *De Pictura* hace una mención del pensador Longino y dice que “el fin de la imaginación en poesía es la sorpresa y la admiración” (1). Esta frase no nos extravía del tema presentado. Lo cierto es que son dos nuestros protagonistas; uno real, el poeta, y otro imaginado, sorprendente y admirado, el héroe. Este último quizá mitológico, lleno de exageración pero real, ya sea en nuestro entendimiento o en nuestra voluntad porque todos en el fondo hemos sido alguna vez héroes. Dejemos que Longino presente al héroe griego: “En él, todas las acciones y todas las posturas se mostraban apasionadas y violentas, caían en el parentirso artístico” (2).

1. Héroe y mito

Puesto ya de relieve los personajes vayamos a revisar su mundo, sus actos, sus pensamientos, todo aquello que pueda presentar el amplio catálogo de la Naturaleza.

Puede confundir el hecho que el héroe, al ser un elemento mitológico, quede plasmado en un mundo mítico, en cierto modo como mito-poético anterior a la filosofía. La polémica entablada entre M. Detienne y L. Brisson (3) acerca de la hipotética disolución del mito en la mitología no aclara nada y puede llevar aún más a discordancias. El saber del mito no queda anclado en su configuración mitológica. Si mitológico es el héroe, el mito presenta un campo de acción aún mayor, un campo que abarca —desde los inicios del pensamiento— a la poesía, sin que ésta tenga tampoco que estar integrada en ese carácter narrativo o épico que configura la mitología. Platón atribuía determinaciones ético-políticas al mito y Aristóteles incluso científico-filosóficas. Mito por tanto son aquellas historias que se desarrollan entre la esfera divina y humana, el héroe no pertenece a esta esfera, el héroe queda fuera y anclado en un profundo naufragio.

El mito es representación de la vida; el héroe no es ni un santo, ni sabio, ni poderoso, aunque quisiera representarse así porque aprovecha caracteres propios del mito del que forma parte sin configurarlo.

2. El naufragio del héroe

El naufragio del héroe se produjo mucho antes de la construcción del Olimpo; mucho antes que las abigarradas crestas que lo componían ascendieran y fueran guarida permanente del Zeus de nuestros sueños. Mas el naufragio de muchos héroes aún no se ha producido. Pueden sonar estas afirmaciones a contradicción aparente, pronto se desvelará el secreto.

Héctor gritó animando una vez a los suyos: “Pero si entonces Júpiter cegó a nuestro ejército, este mismo dios ahora nos da fuerza y nos conduce” (4). Odiseo exclamó en otra ocasión: “¡Por voluntad del mensajero Hermes, nadie podrá competir conmigo en destreza para encender el fuego!” (5).

El sabio Cicerón, que si bien no era héroe sí era sabio, decía: “In amicitia, quaeque veterrima, debent esse suavissima” (6).

Puedo llegar a la conclusión que la diferencia primordial entre el héroe y el poeta está en el juego de las palabras “sentidos” y “sentimientos”. Una utilización inadecuada de ellas ha llevado al héroe a su naufragio. Y antes decía que muchos aún no lo han conseguido porque la sabiduría innata que los creó en el entendimiento de los incrédulos los mantiene aún. Muchos de estos incrédulos pueden ser poetas, y el poeta que se cree héroe, o sabio, o poderoso, acabará naufragando como aquél. Por eso los poetas son pocos.

Las citas que antes presenté equivalen a un aspecto muy distinto del ya mencionado. Se trata de tres héroes (bueno, dos héroes y un sabio): Héctor, Odiseo y Cicerón. Salvo el último, los restantes utilizan palabras poéticas para explicar el mito, sus actos. Pero Cicerón también definió el poema como una pintura locuaz, como ese “parentirso” que aludíamos.

3. Sentimiento y sentido

Puesto que hemos considerado al héroe en su naufragio y acabamos de hundirlo aún más, el sentimiento es lo único que puede sacarlo a flote. El sentimiento como proceso de interiorización personal, sin aludir a su mundo exterior que enriquece su intelecto. Hablar de sentimientos no es propio de los héroes. Aquiles “vio cómo le crecía la cólera en su pecho y sus ojos se encendieron de modo terrible” (7). Los héroes sólo piensan en sí mismos, en victorias. Los sentimientos son los acontecimientos, junto a las vivencias y los recuerdos, que aparecen en el poeta. Con ellos puede construir y enriquecer todo cuanto le rodea. Las vivencias de los héroes son combativas y exteriores, cuando el verdadero sentimiento se forma

en las entrañas del poeta.

Hay dos tipos de sentidos: los internos o poéticos y los externos o heroicos. Los sentidos externos llevan al caos, a poder creer con certeza que somos sabios, héroes verdaderos. Apolo irritado en el Olimpo, con el arco y el carcaj; sólo furor, no hay artificio, únicamente vemos circunstancias sensibles y este tipo de circunstancias con extrema rapidez nos llevan a la desaparición. Heracles gime y llora en la pira que vio consumida su carne, sus huesos, sus órganos.

Los sentidos poéticos, los que Virgilio expresaba cuando escribía *La Eneida*, son propios de alguien inimitable y alguien que no es capaz de imitar a nadie. El héroe, en algunos momentos de su naturaleza, se siente cansado y busca la calma, la tranquilidad interior, mas como es furor, es como el *Laocoonte* de Lessing, acabará desgarrado y siendo copia burda del poeta; él mismo no puede representarlo. El poeta es un ser especial y único. Con la imitación del héroe se rebaja la dignidad del género de los poetas. Sófocles ha violado la ley, ha imitado. Al final ha tenido que llorar y gritar, acepciones propias de los héroes.

Los sentidos poéticos sí son enriquecedores aunque estén continuamente contaminados de los sentidos heroicos. Y Virgilio debe gritar al cielo: “Clamores horrendos ad sidera tollit”.

4. La muerte del héroe

Un poeta valiente, sin parecido alguno con un héroe de esos que encontramos detrás de cada persona —incluso alguna vez nosotros hemos podido ser— ha sido capaz, en una guerra casi mortal, de derrotar al héroe. En el 19 a. C. Virgilio muere en Brindisi (8). ¡Derrota y muerte a los héroes! Mas en la batalla el poeta ha sentido cerca el poder del mundo exterior, el mundo externo del héroe, y se contagia de sus actos. La mitología puede más que el mito aunque éste sea el verdadero hacedor interior. Mito y misticismo (único camino para llegar a la poesía esencial) tienen mucho en común, tanto, que quizá el héroe no sea nunca capaz de adivinarlo.

Javier Sánchez Menéndez

(1) *De Pictura*, Vet. Lib. I, cap. IV, pág. 33.

(2) *De la imitación de las obras griegas*, pág. 23.

(3) M. Detienne (*L'invention de la mythologie*) y L. Brisson (*Platon, les mots et les mythes*).

(4) Homero, *La Iliada*, Canto XV, pág. 223.

(5) Homero, *La Odisea*, Canto XV, pág. 177.

(6) M. T. Cicerón, *De Amicitia*, cap. XIX, pág. 88.

(7) Homero, *La Iliada*, Canto XIX, pág. 275.

(8) A. Colinas, *Noche más allá de la noche*, Canto X, pág. 27.

CHAQUIRAS

CORRESPONDIENTES

*La semilla
de una palabra
es el corazón del universo.
Que el universo
es el corazón de la palabra
y su semilla.*

CONTEMPLACION

*En la mirada del pozo
yo
navegando con las estrellas.*

COTIDIANAMENTE

*Geranios que sueñan mariposas
inscriben sus mayúsculas
en la palabra
que nunca encuentro en mí.*

VIAJEROS

*La luz
no muere,
viaja
al igual que nosotros.*

LAPIDARIO

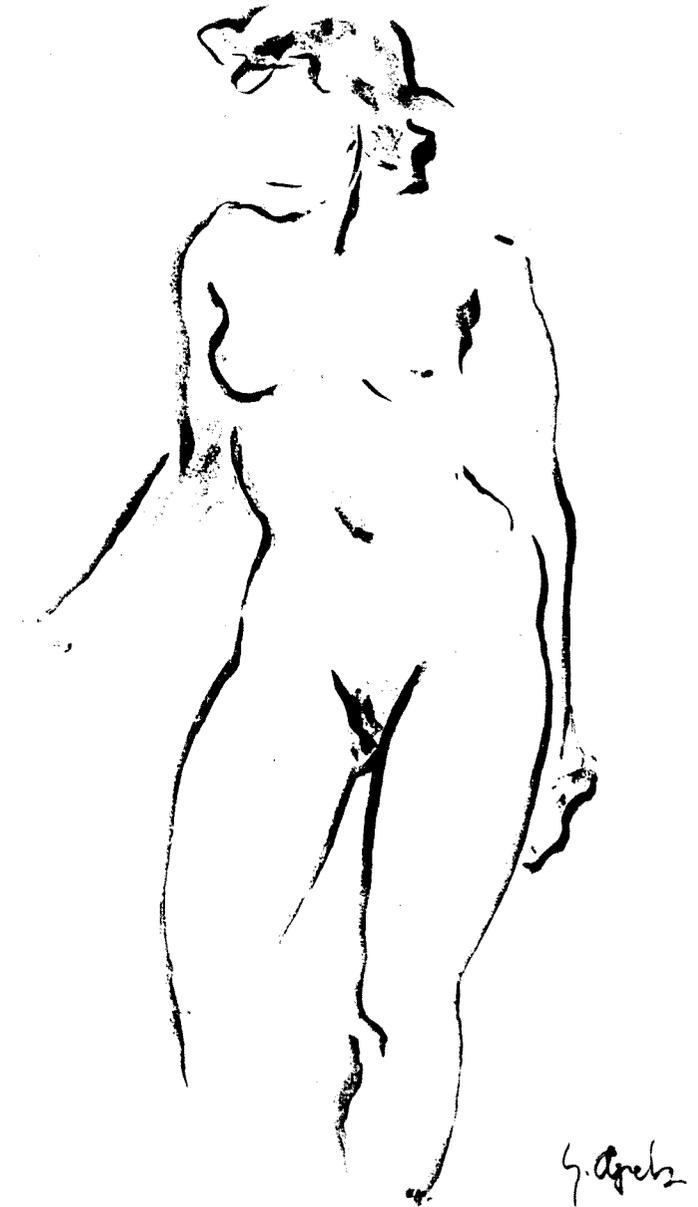
*El tiempo,
al pulirnos,
nos descubre.*

RECORDANTE

*Húmeda de nostalgia
la ventana sueña
con el perfil del amado
que nunca llegará.*

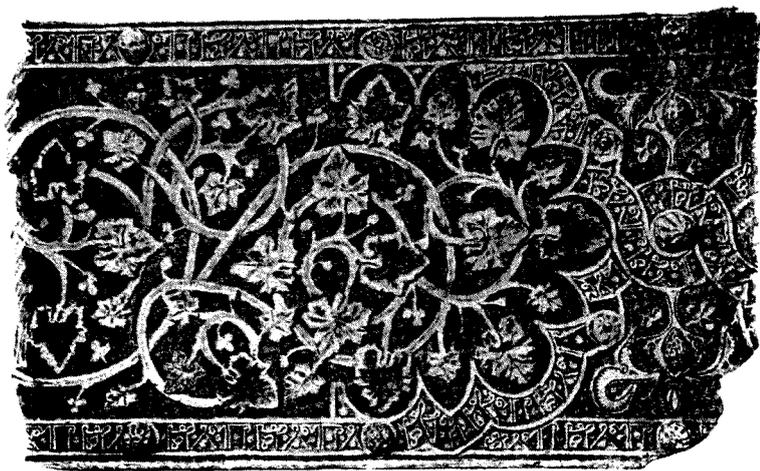
LECCION

*Para que comprenda
el desinterés del amor
el árbol
me ofrece su sombra.*



Olga Arias

DIBUJO: GIMENEZ AGRELA



Samuel Levi

*La perfecta arquitectura de un santuario soñado
se apodera de la tarde
con destellos de violenta luz.*

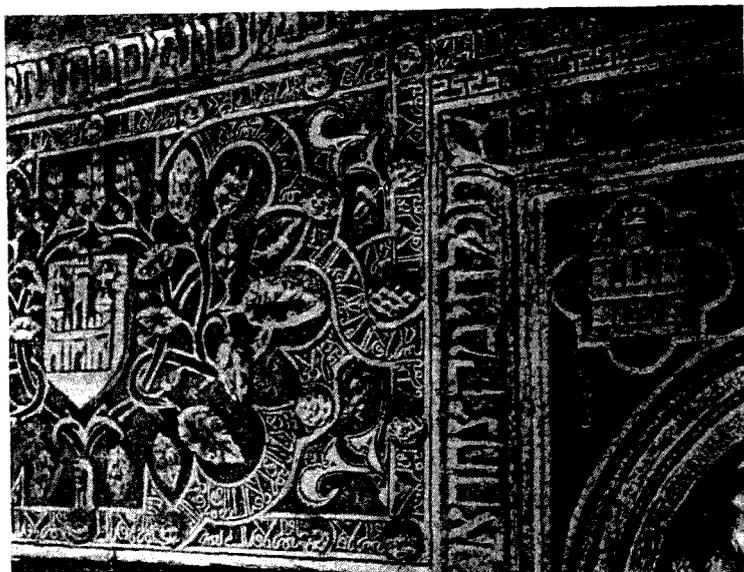
*Dentro la llevo, dentro de mi alma,
hija de la memoria de las cosas.*

1492

*Apaga los candiles, que mañana
pasará la Muerte con su cuaderno de tiza.*

*Huérfano jazmín
acurrucado en el patio, huérfano laurel
en la secreta noche de las plagas.*

*Apaga los candiles, pueblo de Israel,
y escapa.
Sefarad se ha vuelto loca
y devora a sus hijos.*



Llave de Toledo

*Vuelvo a la llave
como la llave vuelve al cerrojo.
Ha lavado el tiempo la amargura de los días,
de suave alabastro es la llave,
de oro la puerta que se abre.*

*Vuelvo a mi morada, el exiliado,
y se la ha llevado el aire, sólo queda un rastro
de luz en la cerradura,
un arcoiris donde se alzaba el dintel.
De luz de luna y de plata
es esta llave inútil,
este recuerdo rechazado,
esta blanca persistencia del retorno.*

Letizia Arbeteta

(Las fotografías muestran diferentes temas decorativos de la sinagoga del Tránsito)

Calandras

PAPELES DE ARTE Y PENSAMIENTO

TOLEDO

Suplemento al número 17
Diciembre 1987

EL ASCENSOR, por Ireneusz Iredyński (Traducción del polaco por Jesús Pulido Ruiz)

ELLA.- ¿Estará parado mucho tiempo todavía este ascensor?

EL.- Sólo Dios puede responderte a eso.

ELLA.- No nos conocemos de nada para que me llame de tú.

EL.- Por qué no, no eres todavía tan vieja. . . Además, nos conocemos desde hace mucho.

ELLA.- Depende para quién.

EL.- ¿Cómo para quién?

ELLA.- Para quién es mucho tiempo.

EL.- ¡Ajá! Para mí es mucho tiempo. Llevamos ya media hora metidos en este cajón.

ELLA.- Apriete usted mejor el botón de alarma.

EL.- He apretado, he apretado . . . Pero si así lo quieres . . .

(lejanos sonidos de timbre, después silencio)

ELLA.- ¡Esto es terrible!

EL.- Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

ELLA.- ¿Vive usted en esta casa?

EL.- No. ¿Y tú?

ELLA.- Tampoco.

EL.- Bueno, no me digas tu nombre, quizá sea mejor. Pero no me llames de usted tampoco. Tengo solamente veinticuatro años, quiero decir veinticinco. Y tú unos veinte, ¿no?

ELLA.- Veintiuno. ¿Oyes? Alguien llama ahí abajo . . . aprieta, aprieta.

EL.- Autosugestión . . . No te acoquines, por fin aparecerá algún portero. O cualquiera de los inquilinos.

ELLA.- ¿Es que vamos a pasarnos aquí toda la vida?

EL.- No te pongas histérica; toma, fuma. . . (*chasquido de cerilla*). Ahora mejor, ¿no? . . . Toda la vida . . . No es una mala idea.

ELLA.- ¿Qué idea?

EL.- Probar a vivir aquí toda la vida.

ELLA.- ¿En el ascensor?

EL.- En el ascensor.

ELLA.- Es un sitio demasiado pequeño y faltan algunas cosas necesarias.

EL.- Te ha ayudado el cigarrillo.

ELLA.- ¿Por qué, porque no me ponen nerviosa tus chistes? ¿Sí?

EL.- ¡Uhhh!. . . Escucha: toda la vida, o sea, conocernos, poco después la boda, el paso de los años, y así sucesivamente. Todo depende de nosotros.

ELLA.- De cómo lo imaginemos, ¿sí?

EL.- Exactamente, imaginemos todo esto. Y según nos vayamos acercando a la muerte, pienso que nos sacarán.

ELLA.- El portero o algún inquilino.

EL.- Más bien el servicio técnico.

ELLA.- Me has conocido en la “universi”.

EL.- Los primeros días son paseos, cafeterías, dos veces al cine, un poco a bailar al “Stodola”. Al quinto día la intimidad.

ELLA.- Demasiado deprisa. A la semana. Y no será ninguna intimidad, simplemente haremos el amor.

EL.- En mi casa, en mi habitación.

ELLA.- No, al aire libre.

EL.- En este caso será junio. Aprobamos los exámenes. Yo, naturalmente, estudio en otra facultad.

ELLA.- Ahora un problema: qué hacer con las vacaciones.

EL.- Yo tengo arreglado lo del campamento por la Unión de Estudiantes Polacos, pero no voy. Tenemos un poco de pasta y vamos al mar. Una pequeña aldea de pescadores.

ELLA.- No, por favor. . . En el Báltico el agua es fría. Vamos a Mazuria. Un lago, el agua bien caliente, un lago no muy grande, sabes, rodeado de bosques.

EL.- Vivimos en una casita del *camping*.

ELLA.- Es maravilloso. Dí que es maravilloso.

EL.- Es más que maravilloso.

ELLA.- Gracias.

EL.- Pero a finales de julio algo se estropea. Parece que todo está igual que antes, sin embargo no es lo mismo.

ELLA.- Oh, no debes estar celoso de ese chico con el que hablaba, lo conozco del bachillerato.

EL.- No es esto; simplemente no sabemos qué hacer más adelante. Hasta que una noche. . .

ELLA.- Yo te digo que te quiero.

EL.- Un poco después yo también te lo digo.

ELLA.- Esa misma noche, ¿sí?

EL.- Esa misma.

ELLA.- Y abrazados, nos sentamos delante de la casita, y en el cielo habrá una luna enorme.

EL.- Por supuesto.

ELLA.- ¿Qué por supuesto?

EL.- Que habrá una luna enorme.

ELLA.- ¡Pues claro, y tú que pensabas!

EL.- El segundo mes de vacaciones en casa de tus padres, en el pueblo. Un poco aburrido sentados a la mesa.

ELLA.- ¿Y seguimos pasándolo bien todavía?

EL.- Cada vez mejor.

ELLA.- “El descolorido cielo de tus brazos”. ¿Sabes quién escribió esto?

EL.- No. ¿Y sabes quién escribió: “¿Qué tal, *sheriff*?”

ELLA.- No. . . Quizá sea mejor que llames.
(*sonidos de timbre — silencio*)

EL.- Bien, sigamos adelante.

ELLA.- Hemos decidido casarnos.

EL.- ¿Necesariamente?

ELLA.- Necesariamente.

EL.- Es mi último año de carrera. Hago algún trabajo de vez en cuando, mis viejos nos han dejado una habitación, tú te vienes de la residencia de estudiantes.

ELLA.- Por ahora nada de niños.

EL.- Bien pensado.

ELLA.- No es solamente porque no tengamos condiciones, sino . . .

EL.- ¿Sino qué?

ELLA.- Tendría un poco de miedo por el niño . . . Por su futuro.

EL.- Comprendo.

ELLA.- (*con histeria*) ¡No comprendes nada!

EL.- Perdóname, no quería ofenderte. Probaré a llamar otra vez.
(*sonidos de timbre lejanos — silencio*)

ELLA.- ¿Tienes conocidos en este edificio?

EL.- Sí, un pintor. ¿Y tú?

ELLA.- Una tía.

EL.- ¡Uhhh! . . . Entonces acabo los estudios, consigo un buen trabajo, dos años después recibimos el piso.

ELLA.- Para entonces yo también termino los estudios.

EL.- Sí, tú también.

ELLA.- Nos visita gente amable, unas fiestas no muy grandes, sabes. . . Todos elogian los emparedados que yo hago y el *suflé* de queso.

EL.- ¿Sabes hacer *sufilé*?

ELLA.- Sé.

EL.- Y poco a poco nos vemos sumergidos en la rutina. Sabemos todo sobre el futuro. Dentro de tantos y tantos años, un conjunto de muebles, los electrodomésticos, un día el coche. . .

ELLA.- ¿Y todo esto no te alegra? ¿No te gustan las cosas nuevas?

EL.- Me gustan, pero nosotros sólo vivimos para estas cosas.

ELLA.- ¡No es verdad!

EL.- ¿Por qué?

ELLA.- ¿No lo entiendes? Aún nos tenemos a nosotros. Nuestras sonrisas, nuestros brazos, nuestros secretos confiados.

EL.- Nuestra rutina.

ELLA.- ¡No!

EL.- ¿De veras?

ELLA.- ¿Tienes que estropearlo? No tienes por qué perder tu frescor. Si lo intentamos solamente . . . ¡De verdad!

EL.- Tenemos nuestra rutina, nuestro peculiar aburrimiento, nos conocemos tan bien, que ya no nos interesa nada en la pareja. Cogemos trabajos por encargo, hacemos horas extras.

ELLA.- Vale, si quieres que así sea, sea.

EL.- Aparte de los trabajos por encargo, aprovechamos la ocasión para sernos infieles. . . Porque esto en el lenguaje de las mujeres se llama infidelidad.

ELLA.- En todo lenguaje.

EL.- Cada nuevo cuerpo tiene para nosotros encanto porque es nuevo. Después, durante algunos días estamos muy cariñosos entre nosotros.

ELLA.- Yo . . . Yo tras la primera infidelidad me sentí como una miserable.

EL.- Claro, las confusiones del espíritu no son extrañas a nosotros.

ELLA.- ¿Alguien te hizo mucho daño, verdad?

EL.- Hablamos del futuro, y no del pasado.

ELLA.- Perdón.

EL.- Y de esto, de nuestra situación, no hay salida.

ELLA.- ¿Y el divorcio?

EL.- El divorcio no cambiaría mucho, cambiaríamos simplemente por unas parejas estables. Y es por esto, que de nuestra situación no hay salida, por lo que empezamos a molestarnos.

ELLA.- Yo no riño.

EL.- Es verdad, al principio te sientes incapaz de reñir, pero después. . .

ELLA.- ¿Por qué tenemos que reñir?

EL.- Todo puede ser la causa. Por ejemplo, que somos así y no de otra manera.

ELLA.- No, no hablaremos levantando la voz. Hablaremos normalmente, e incluso, de vez en cuando, susurrando. Pero las palabras nos van a herir. ¿Es lo que querías?

EL.- Eso quería. Sigue hablando.

ELLA.- Y después de decir alguna de estas frases envenenadas nos vamos a avergonzar tanto de ella, que, para no gritar de vergüenza, vamos a decir una frase peor todavía, más hiriente.

EL.- Cuando nos adormecemos sentimos como una bola de hierro alrededor del estómago, un sentimiento puramente físico. Sabemos que hemos hecho algo innecesario, y, sin embargo, no podemos retroceder.

ELLA.- (*grita*) ¡Pero intentamos! Vamos a un pueblecito creyendo que podremos olvidar todo.

EL.- Incluso más, que podremos repetir nuestras primeras vacaciones.

ELLA.- Eso de conocer tan bien nuestros cuerpos, de alguna manera nos conmueve.

EL.- Claro, y por eso, pensando intensamente en el renacer de nuestros sentimientos, te dejas llevar, involuntariamente, a un bosquecillo por un estudiante de la Academia de Educación Física. Tan amable, tan tonto; de todas formas, en ese bosquecillo sigues pensando en nosotros. No, sólo por un momento no pensabas, por un pequeño, pequeñísimo momento.

ELLA.- Y tú en este tiempo . . .

EL.- Sí, yo en este tiempo estuve en la habitación de una veraneante de mediana edad, pero todavía muy, muy . . .

ELLA.- Volvemos a la ciudad.

EL.- Y todo empieza de nuevo.

ELLA.- Pero ya no es tan doloroso. Nos hemos acostumbrado.

EL.- Y de pronto decidimos tener un hijo.

ELLA.- Verás cómo un hijo cambia la situación.

EL.- Nos ponemos a adivinar si será niño o niña. Empezamos a hablar-nos infantilmente, lo cual resulta bastante agradable.

ELLA.- No recibimos a los conocidos. Queremos estar solos.

EL.- Tienes razón. Autodefensa de la pareja.

ELLA.- Nada de eso. Ocurre que no puedo tener hijos.

EL.- ¿Sí?

ELLA.- Sí.

EL.- En este edificio vive tu chico, y no tu tía, ¿verdad?

ELLA.- ¿De dónde lo sabes?

EL.- No lo sabía.

ELLA.- Entonces ya lo sabes . . . ¿Cómo te llamas?

EL.- Quedémonos en el anonimato.

ELLA.- Como quieras . . . ¿Pero tú querías ver a un pintor o a una chica?

EL.- ¿Es que una chica no puede pintar cuadros?

ELLA.- ¿Guapa?

EL.- Ummm. Bueno, llamaré otra vez.

(*sonidos de timbre lejanos. Tras ellos, responde un hombre
—voz deformada por el hueco del ascensor*)

VOZ.- ¿Hay alguien ahí?

EL.- Llame usted al servicio técnico, el ascensor se ha parado entre el segundo y tercer piso.

VOZ.- Le gusta, le gusta estropearse.

EL.- ¿Es usted el portero?

VOZ.- Ya no hay porteros, oiga, sino “encargaos” de la vivienda, anóteselo usted bien. ¿Está usted ahí solo?

EL.- Somos dos.

VOZ.- Entonces no hay que apresurarse.

EL.- Llevamos aquí mucho tiempo.

VOZ.- ¡Vísteme despacio que llevo prisa! . . . ¿Y dará usted pa'un trago?

EL.- Le daré.

VOZ.- Es que el teléfono está lejos.

EL.- Esperamos.

VOZ.- Nunca sabe uno si va a poder llegar . . .

EL.- ¡Señor!

(silencio)

ELLA.- La promesa le movilizará.

EL.- Parecía un poco achispado.

ELLA.- Eso me pareció a mí también.

EL.- ¿Fumas?

ELLA.- Con mucho gusto . . . ¿Por qué sonríes así?

EL.- Es de ti . . . (*chasquido de cerilla*)

ELLA.- Ahora dejarás de sonreír.

EL.- No me asustes. . . ¿Nos decidimos por el divorcio?

ELLA.- Demasiado pronto. Puede que tú empieces a beber todavía.

EL.- Vuelvo a casa, hay invitados y yo te echo una bronca. No muy fuerte, pero con la suficiente malicia para que la gente se vaya rápidamente.

ELLA.- Y yo, por mi parte, no desperdicio ocasión para humillarte delante de testigos.

EL.- A pesar de esto, seguimos pagando los plazos del crédito.

ELLA.- Pero tú bebes.

EL.- Ah, ya no. Tú fuiste a mi director, le lloraste un poco en su despacho; él me mandó llamar para hablar conmigo, me amenazó, y de alguna manera me lo pensé bien. Primero, el consultorio antialcohólico, y después ya la abstinencia por voluntad propia.

ELLA.- Un consultorio innecesario.

EL.- ¿Para qué fuiste al director? ¿Por qué?, pregunto. Yo solo habría dejado de beber. Además, no bebía tanto.

ELLA.- Quinto aniversario de nuestra boda, una pequeña fiesta, se van los invitados, entre los dos fregamos los platos, conversamos.

EL.- Ya no sabemos hacernos daño, estamos quemados.

ELLA.- Decidimos divorciarnos.

- EL.- De forma civilizada. Incompatibilidad de caracteres, sin culpables.
El problema de la vivienda.
- ELLA.- Queremos cambiar el piso por dos apartamentos. Esto puede llevar algún tiempo. A través de las paredes escuchamos las voces de la gente que viene a visitarnos a nuestras respectivas habitaciones.
- EL.- Declaración amorosa de algún bobo, que dice que te querrá hasta la muerte.
- ELLA.- Grito espasmódico de una tía, que lo pasa como nunca en su vida.
- EL.- Voz tranquila de un tipo, el cual un poco aburrido . . .
- ELLA.- ¿Cómo sabes que está aburrido?
- EL.- Lo juzgo por su voz. Porque este tipo dice “no me aburras, nena, y desvístete”.
- ELLA.- Voz estridente de cierta chica, la cual te llama gatito y “pico-lito”.
- EL.- Por la mañana, al cruzarnos en el salón, hacemos como si no hubiéramos oído nada.
- ELLA.- Sí, de nuevo nos portamos correctamente. Dejamos ver que no nos importa nada de . . .
- EL.- ¿De quién? ¿De qué?
- ELLA.- Si lo sabes.
- EL.- Por fin el cambio del piso por dos apartamentos. El reparto de los muebles. Somos comprensivos.
- ELLA.- Cierta vez nos encontramos en la calle.
- EL.- ¿Qué tal estás? ¿Cómo andas?
- ELLA.- Bien, gracias; todo va bien. ¿Y tú?
- EL.- Lo mismo. Sabes, tengo mucha prisa, ya te llamaré algún día.
- ELLA.- Sí, precisamente una conversación así. Y unas sonrisas así de convencionales. Te he podido decir todavía que no llevas la camisa bien planchada.
- EL.- ¿Es que no llevo “non-iron”?
- ELLA.- Ya no están de moda.
- EL.- Pero cuando nos encontramos la siguiente vez, sí llevo la camisa bien planchada.
- ELLA.- Estás con alguien permanente, ¿verdad?
- EL.- Sí. Estoy con alguien permanente.
- ELLA.- ¿Permanente en sentido figurado?
- EL.- Permanente en sentido figurado.
- ELLA.- Yo también estoy con alguien. Incluso es un poco parecido a ti físicamente, pero en lo psíquico totalmente distinto.
- EL.- ¿Eso te parece a ti?
- ELLA.- Sí, eso me parece.
- EL.- Pensamos que nuestra vida en común ha sido un error de juventud, un error en general, como uno de esos malos sueños ya pasados. Por lo demás, hablamos de esto a nuestras parejas.

ELLA.- El mío es tan cariñoso, escucha con tanta atención, se enfurece de tal manera contra ti.

EL.- Y la mía se extraña que haya podido aguantar tanto tiempo con un monstruo como tú. Admira mi paciencia y mi bondad.

ELLA.- Yo encuentro entre los papeles una carta tuya, una bonita carta de amor de las primeras semanas . . .

EL.- Pero después de leerla ya no te parece tan bonita, frases pretenciosas, mala poesía.

ELLA.- ¿Tengo que tirarla? ¿O mejor quemarla?

EL.- Ah, mejor tirla, menos problemas.

ELLA.- ¿Te gusta cuando te odio? Te pregunto en serio.

(silencio)

¿Por qué no respondes?

EL.- Estoy pensando . . . Lo has dicho con gracia: te gusta cuando te odio.

ELLA.- Puede que con gracia . . .

(un momento de silencio)

Entonces, ¿por qué?

EL.- ¿Por qué qué?

ELLA.- Por qué dirigiste precisamente así el destino de nosotros dos . . .

Perdón, de esos dos.

EL.- No importa, es un juego simplemente.

ELLA.- Sabes, tengo ganas de llorar.

EL.- ¿Llorar? Ten cuidado con el cigarrillo, te vas a quemar los dedos.

ELLA.- Gracias. Sí, tengo ganas de llorar.

VOZ.- ¿Qué, se vive todavía?

EL.- ¿Ha llegado el servicio técnico?

VOZ.- Ha “veníó” aquí mi “cuñao”, él bajará ese “condenao” ascensor. Pero cierre usted la puerta.

EL.- Cierro.

(sonidos del cierre de la puerta del ascensor, después ruidos de maquinaria, golpes, chirridos)

¿Vienes a tomar un café conmigo?

ELLA.- ¿Cuándo?

EL.- Ahora, ahora mismo, en cuanto salgamos de este ascensor.

ELLA.- Todavía no hemos salido.

EL.- Pero saldremos.

ELLA.- ¿Y qué pasa con tu pintor?

EL.- ¿Y con tu tía?

(ligeras sonrisas de la chica)

ELLA.- Pero debes saber que yo a un café pequeño le echo tres cucharaditas de azúcar.